

Remo Bodei

DOMINIO Y SOMETIMIENTO

ESCLAVOS, ANIMALES, MÁQUINAS, INTELIGENCIA ARTIFICIAL

Traducción de Pepa Linares

Alianza Editorial

Título original: *Dominio e sottomissione*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© 2019 by Società editrice il Mulino, Bologna

© de la traducción: Pepa Linares, 2022

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1362-996-4

Depósito Legal: M. 5.625-2022

Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

*Para Federico y Anna,
promesa de futuro*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	15
-------------------	----

PRIMERA PARTE GUERRA Y ESCLAVITUD

1. MENOS QUE HUMANOS	43
La caza del hombre.....	43
Sometidos o rebeldes	46
El valor y la cobardía	48
¡Ay de los vencidos!	52
El dolor y la piedad	53
2. MANDAR Y SER MANDADO	61
Abandonar la animalidad.....	61
Perimetrar la esclavitud.....	63
Controlar el miedo	65
El pedestal de la civilización.....	67

Los que tienen derecho a ser felices.....	70
El médico que equivoca las dosis	73
Los que carecen de sabiduría.....	76
La vida más deseable.....	78
Cuerpos diferentes.....	80
3. EL DESTINO DE TRES CONTINENTES	85
La «servidumbre natural de los indios»	85
Crueldad del otro mundo.....	88
Gobernar mediante edictos.....	91
Una enfermedad del corazón	93
Entre Iglesia e Imperio.....	96
Ante lo nuevo y lo inesperado.....	98
Conquista militar y conquista espiritual	102
El honor del soldado cristiano	105
Niños por naturaleza	109
«Responsibility to protect».....	112
Salvajes en la ciudad	117
El apóstol de las Indias	121
Aristóteles al infierno.....	124
Marfil negro	129
Dulces esclavitudes	133

SEGUNDA PARTE
LIBERTAD, ANIMALIDAD, DIGNIDAD

4. ¡LIBERTAD O MUERTE!.....	139
Para lo que sirven las espadas.....	139
En el estuario del Tigris	141
El primer Estado de esclavos.....	141
Igualdad y dignidad.....	143
¿La sombra de Haití?	144
5. HISTORICIDAD DE LA ESCLAVITUD.....	147
¿Existe una dialéctica «amo-siervo»?.....	147
De quién hablamos.....	149
«Timor domini»	150

Hacia el reconocimiento recíproco.....	152
El esclavo cripto proletario	154
La lucha cruenta y el trabajo duro.....	156
La reanimalización del hombre	157
La historia no ha terminado.....	160
6. ANIMALIDAD Y HUMANIDAD	163
«Logos» y «polemos».....	163
¿Irremediable animalidad del hombre?.....	166
Heridas y cicatrices de la obediencia	168
Más allá del instinto de conservación.....	169
Un pez mejor que nosotros.....	171
¿Hacia una razón acogedora?	173
7. LAS VICISITUDES DE LA DIGNIDAD	177
¿Por qué ahora?.....	177
«El sentimiento de humanidad aún no me ha abandonado».....	179
Frágil dignidad	181

TERCERA PARTE
LA CIVILIZACIÓN DE LAS MÁQUINAS

8. DE LA ASTUCIA DE LAS MÁQUINAS A LA MECÁNICA RACIONAL. GALILEO GALILEI Y LAS MÁQUINAS..	189
La astucia de las máquinas.....	189
Maravillas contra natura	191
La comprensión de las órdenes	195
Otra astucia más poderosa	196
A la naturaleza no se la engaña.....	198
La mecánica se hace adulta y «racional»	200
9. EL LADO OSCURO DE LA REVOLUCIÓN INDUSTRIAL Y SUS REMEDIOS.....	203
Máquinas, división del trabajo, productividad	203
Las consecuencias del progreso	206
La solución del consumismo.....	209

10. <i>¡LLÁMAME AMO! LA ESCLAVITUD EN LAS PLANTACIONES DE LOS ESTADOS UNIDOS</i>	213
Del alba al ocaso	213
«¿Por qué soy esclavo?».....	214
Cría de ganado humano	216
La humilde docilidad de corazón	218
11. MÁQUINAS Y «ESCLAVITUD ASALARIADA».....	221
La igualdad en la explotación.....	221
Tiempo libre y tiempo subordinado.....	222
Máquinas y energías naturales.....	225
Producción de máquinas por medio de máquinas	227
La astucia del trabajo	230
Las enfermedades del intercambio	232
Un amo sin rostro.....	234
Necesidad transitoria	236
Qué motiva en los hombres la búsqueda de la justicia.....	240

CUARTA PARTE
Y EL VERBO SE HIZO MÁQUINA

12. PENSAMIENTOS CIEGOS E INTELIGENCIA ARTIFICIAL	245
El pensamiento desencarnado	245
El «logos» se convierte en objeto físico	248
La Inteligencia Artificial y sus premisas.....	250
Los pensamientos ciegos	252
Máquinas que aprenden de la experiencia	256
13. <i>LOGOS, VOLUNTAD, EDUCACIÓN</i>	261
Máquinas que deciden.....	261
Una ética para las máquinas.....	262
«Long life learning»: nunca se deja de aprender.....	263
¿Qué educación?.....	266
Los nuevos poderes ocultos.....	268
«Big data» y algoritmos secretos	270
Sueños y proyectos de una humanidad futura	273

QUINTA PARTE
EL ANCLA Y LA GÚMENA

14. TIEMPO DE TRABAJO	279
El cuerpo y la mente	279
Los hundidos y los salvados	282
15. TIEMPO DE LA VIDA.....	289
Tiempo liberado	289
Nunca es bastante.....	292
16. DESENNROLLAR LA GÚMENA	297
El buen empleo del tiempo.....	297
La lección de los clásicos.....	299
Recomponernos.....	303
No hay vías de fuga	305
NOTAS	313
ÍNDICE ONOMÁSTICO	459

INTRODUCCIÓN

1. Echando una rápida mirada a ciertos fenómenos inalterables se constata fácilmente que, si bien existen entre los animales unas jerarquías rígidas —por ejemplo, entre las abejas, las termitas o las hormigas—, en ningún caso se observan entre ellos prestaciones laborales distintas a las codificadas por la evolución. En un determinado momento de su historia, con el final del nomadismo y la aparición de la guerra como continuación de la caza y de los enfrentamientos esporádicos, solo los hombres, en vez de matarlos y comérselos, convirtieron a sus enemigos en esclavos para utilizarlos con fines económicos.

Más tarde, nuestra especie comenzó a construir instrumentos, máquinas y autómatas. A diferencia de las máquinas simples (palanca, cuña, plano inclinado, polea o tornillo) y de las complejas (cabrestante, grúa o catapulta), cuya finalidad era evidentemente práctica, los autómatas se utilizaron durante mucho tiempo con fines lúdicos, para causar asombro e inquietud. Mediante unos sistemas de aire caliente comprimido se construyeron palomas de madera capaces de volar, puertas de templos que se abrían solas o ingeniosas estatuas metálicas

que tocaban instrumentos musicales. Hasta la invención del molino hidráulico de rueda vertical hacia el final de la república romana, los dispositivos automáticos no tuvieron un cometido directamente económico. Por primera vez, aliviaron el cansancio de las esclavas, que antes tenían que moler los cereales a mano.

A pesar de sus evidentes beneficios, la mecánica, *mechane*, palabra que en griego significaba «astucia», quedó excluida del grupo de las ciencias (en realidad, limitadas a la matemática y la astronomía), porque las máquinas se juzgaban artificios *contra natura*, trucos humanos para engañar a la naturaleza, y a los «mecánicos» que las fabricaban o las ponían en funcionamiento, individuos socialmente inferiores a los que practicaban las «artes liberales».

Tuvo que llegar Galileo para demostrar que la mecánica es «racional» y que la astucia no consiste en embaucar a la naturaleza, sino en ahorrar energías humanas y animales utilizando medios mucho menos costosos. Del impulso que imprimió a la mecánica el científico de Pisa surgió teóricamente nuestra civilización de las máquinas que ya no necesitan someterse a pruebas experimentales para asegurar su funcionamiento.

Pero ese tipo de máquinas, aunque ahorra las fuerzas físicas humanas, aún no era «inteligente»; para que llegara a serlo, tendrían que madurar las premisas establecidas por Leibniz, que trasladan los «pensamientos ciegos» de los humanos, imágenes o símbolos carentes de conciencia, a las máquinas calculadoras, con el objetivo de dejar la mente libre de dedicarse a cometidos más nobles.

Hoy en día vivimos rodeados de dispositivos dotados de Inteligencia Artificial (IA) con capacidad para aprender. A más de dos siglos de la primera Revolución Industrial —que prácticamente eliminó la esclavitud, ya inservible desde el punto de vista económico—, se nos plantean unos problemas tan nuevos como formidables: el papel de las máquinas en el paro tecnológico; la transformación psíquica y social de la identidad humana por efecto de los cambios radicales que ya están en marcha; la convivencia de la inteligencia humana con los dispositivos provistos de IA; la disminución o la tendencia a la desa-

parición del puesto de trabajo fijo, que segmenta la vida de los individuos; el dilema de si estos ingenios (robot, ordenador y aparatos varios) acabarán por dominarnos, como temen algunos, y convertirnos de hecho en esclavos suyos; el empleo que sabremos darle, al menos en las zonas más afortunadas del planeta, a la enorme cantidad de tiempo libre que nos dejará la aplicación de las máquinas de última generación a los procesos productivos. ¿En vez de «matar el tiempo», sabremos reinventarnos mediante las técnicas oportunas para interrumpir su dirección espontánea, con efectos que no obstante solo concernirán a la dimensión privada de los individuos?

Con su ambigüedad intrínseca, las nuevas tecnologías revelan ahora el carácter clásico del *pharmakon*, remedio y veneno, y nos obligan a reformular ciertos cometidos de unas facultades que considerábamos únicamente nuestras —razón, voluntad, imaginación— y que ahora, emigradas al exterior de los cuerpos vivientes, modifican nuestra condición de seres que, llegados a este mundo sin saberlo o quererlo, deben orientarse a marchas forzadas y adueñarse de algunos frutos de la civilización (un orden artificial que hay que imponer al natural).

Partiendo de raíces profundas y de premisas lejanas, este libro pretende reflexionar con amplitud de miras sobre el futuro de algunas de las cuestiones que más nos apremian en la actualidad, así como dibujar los posibles escenarios en los que se verán insertas.

2. Comenzando por el problema de la esclavitud, existieron durante milenios muchos seres humanos que no recibían trato de personas, sino de objetos o de mercancías; eran seres fundamentalmente privados de libertad, sometidos a la dura disciplina del trabajo forzado, reducidos a la categoría de instrumentos que se venden, se compran, se explotan o se castigan a voluntad.

Al igual que a los perros y a los caballos, se los consideraba capaces de entender las órdenes, pero estaban destinados a servir porque se juzgaba que carecían de talento y voluntad suficientes para llevar una vida autónoma. Sin embargo, al no poder negarles por completo la humanidad, se los definía de un modo ambiguo, mediante categorías

opuestas, como si, hablando en términos modernos, fueran eslabones de una cadena que unía al animal con el hombre, al cuerpo con el alma, al objeto con la persona. Por su parte, las esclavas estaban a disposición de los propietarios, tanto para satisfacer sus deseos sexuales inmediatos como para aumentar gratuitamente el número de los criados. A pesar del maltrato que padecían por regla general, la mayor parte de aquellos seres se mostraba resignada a su suerte o la aceptaba con un sordo e impotente deseo de resistencia. Los que osaban rebelarse abiertamente contra su condición, cosa que solo ocurría de un modo esporádico, eran relativamente pocos.

Sobre los esclavos se cernía la amenaza de la violencia y algunas veces la de una muerte perpetrada arbitrariamente. Según la etimología de *servus*, que viene de *servare*, y también de *servire* —heredada del derecho romano—, la conservación de la vida del enemigo vencido a cambio de la esclavitud procedía de un supuesto pacto tácito estipulado en guerras recientes o con posterioridad a una lucha primitiva que tuvo lugar en un pasado mítico. La supervivencia no estaba garantizada para siempre, duraba hasta que se pagaba con la obediencia o hasta que lo decidía la voluntad de los amos. La sombra del aniquilamiento moral, cuando no físico, se proyectaba siempre sobre el esclavo, en general extranjero, arrancado de su patria lejana y, en algunas ocasiones, de su nueva familia, cercano al amo en el espacio, pero muy alejado en el plano social y cultural e incluso considerado un enemigo doméstico en potencia.

3. El panorama que acabo de presentar describe la esclavitud de un modo indudablemente correcto, pero se basa en la imagen elaborada por las principales tradiciones que han plasmado nuestra cultura (una imagen que se mantiene intacta en lo fundamental, a pesar de las continuas y profundas transformaciones históricas y geográficas). Con todo, en el plano mundial la esclavitud comprende formas de dominio que no suponen necesariamente brutalidad o trabajo forzado, aunque sí la pérdida de identidad del esclavo, su inserción en ordenamientos jurídicos especiales y, sobre todo, el deber ineludible del so-

metimiento, que se traduce en la perentoria solicitud de servicios sin otra retribución que el mero sustento.

Por esa razón no recorreré las innumerables y heterogéneas vicisitudes históricas relacionadas con esta institución, una de las más antiguas y de las más comunes de nuestra especie, de la que se han salvado poquísimas sociedades (cito solo la de los aborígenes australianos, en la que no existió nunca por la sencilla razón de que mataban siempre a los enemigos capturados). Allí donde ha existido, la esclavitud ha representado la forma más rígida y absoluta de asimetría del poder y de exclusión del derecho a la igualdad. Aunque era para los esclavos la principal fuente de temor, sufrimiento y humillación, de un modo solo en apariencia paradójico fue también un terreno en el que fructificaron la fidelidad, la entrega, la abnegación y el afecto hacia sus amos.

Consciente de los límites de esta investigación, no trataré de abordar —salvo cuando sea necesario para la comprensión de los casos concretos— el inagotable debate sobre los distintos tipos de dependencia y servidumbre, de los que la esclavitud es una subespecie, por tratarse de una empresa imposible que se resolvería en una lista infinita de puntos de vista dispares.

Empleando el criterio de la larga duración, seleccionaré algunas situaciones ejemplares, voluntariamente discontinuas y expuestas con una técnica análoga a la del montaje cinematográfico. Todo ello con la finalidad de resaltar —a través de sucesivas comparaciones— algunos de los principales cambios que han experimentado las relaciones de poder, limitándome al ámbito de la llamada cultura «occidental», marcada durante milenios, tanto en la teoría como en la práctica, por la filosofía de Aristóteles, según la cual una minoría de hombres libres por naturaleza debe gobernar a una mayoría de esclavos por naturaleza.

En consecuencia, me detendré en las teorías filosóficas que más han influido en nuestra historia y que, incluidas durante siglos en el sentido común, han dado forma a nuestro modo de pensar, imaginar, sentir y actuar. Tales concepciones —asiduamente comentadas y dis-

cutidas desde la Antigüedad hasta hoy mismo— relegaron a ciertos hombres al espacio de la casi animalidad y los vincularon a una naturaleza inmutable, al tiempo que elevaban a otros —autodefinidos como enteramente humanos y capaces de gobernarse— a la esfera del cambio, de la historia, de la política y de la civilización. A estos se les concedió generosamente el derecho a sojuzgar a cuantos no hubieran alcanzado la perfección que ellos mismos se atribuían, a utilizar como pretexto para oprimirlos unos rasgos de crueldad verdaderos o presuntos (los sacrificios humanos, la antropofagia o la falta de Estado) y a ejercer un dominio directo, icásticamente expresado por las palabras que Robinson Crusoe dirige al caníbal que acaba de bautizar con el nombre de «Viernes»: *Call me master*, «Llámame amo».

En la Edad Moderna, para legitimar ese sometimiento, se recurrió a la justificación de salvar a miles de personas de ser inmoladas a los ídolos, devoradas por sus semejantes o sometidas a un poder sanginario e inhumano. Se difundió la idea de que invadiendo los territorios de los salvajes y los bárbaros, socavando su cultura y apoderándose de sus bienes, se les proporcionaban a cambio los dones más preciados de la civilización, la libertad y la religión verdadera.

En este sentido, es paradigmático el amplio debate (al que he reservado un espacio apropiado) que se produjo en España durante el siglo XVI, en los tiempos de la *conquista*, sobre la necesidad de que las intervenciones armadas fueran capaces de conciliar la guerra, el cristianismo y la esclavitud con la finalidad proclamada de defender de sí mismos a los amerindios. De aquellas controversias surgió la primera teoría de los derechos humanos, que contenía en embrión tanto la doctrina del colonialismo como la doctrina de la guerra humanitaria (elaborada a finales del siglo XX) en nombre de la *responsability to protect* o de la exportación de la democracia.

No obstante, para entender estos fenómenos no debe creerse que las discusiones que tuvieron lugar en tiempos de Carlos V y de Felipe II constituyeran únicamente una cortina de humo para ocultar el brutal atropello y el exterminio de los nativos. Conviene no olvidar la extrema dificultad que suponía para las clases cultas españolas y, en general,

europas, la creación de instrumentos intelectuales, jurídicos y morales capaces de comprender a civilizaciones tan distintas a las encontradas hasta el momento. Ni las categorías ni las heterogéneas enseñanzas morales y religiosas heredadas del aristotelismo, del cristianismo o del derecho natural de la escolástica, en sus diversas formas, aun cuando se sometieran a hibridaciones y distorsiones interpretativas, bastaban para descifrar a las civilizaciones halladas en el Nuevo Mundo.

Como en el caso de los esclavos antiguos según Aristóteles, el debate sobre la «servidumbre natural de los indios» trató de su capacidad (o no) de alcanzar la plena humanidad con el tiempo. No obstante, cambian dos factores. Por un lado, la guerra y la esclavitud, la exclusión o la inclusión de decenas de millones de seres en la esfera de lo humano, se entrecruzan aquí con acontecimientos trágicamente caracterizados en el espacio de algunos decenios, no solo por crueldades y matanzas (motivadas sobre todo por el «hambre de oro», sinécdoque de la ganancia rápida a costa de la explotación y el sometimiento violento de los nativos), sino también por el choque entre conquista militar y «conquista espiritual» de las Américas (esta última, promovida sobre todo por dominicos, franciscanos y jesuitas). Por otro lado, el fenómeno de la esclavitud da un salto brusco y alcanza una dimensión planetaria, que compromete en la «trata atlántica» la vida y el destino de los habitantes de tres continentes: América, Europa y África.

Aquí la práctica de lo que Foucault ha llamado *partage* —que separa al amigo del enemigo, al hombre «completo» del *Untermensch* y, en definitiva, el «nosotros» del «ellos»— se entrecruza con el esfuerzo de los misioneros por educar a los indios cristianamente y protegerlos de la violencia y la discriminación de las autoridades, de los soldados y de los colonos.

4. En la primera parte del libro, la esclavitud es la clave de la exposición, capaz de sostener y mantener unidos conceptos (como guerra, trabajo, dominio, libertad) que, por sí mismos y en abstracto, individualmente abordados, tendrían una extensión y una complejidad inabarcables.

En los capítulos que siguen, el baricentro de la exposición se desplaza decididamente a la evolución de las máquinas y al correspondiente reemplazo de los procesos productivos vinculados a la esclavitud por técnicas que sustituyen al trabajo humano, primero, en los esfuerzos físicos más duros; más tarde, en los esfuerzos mentales más absorbentes. El paso de las máquinas auxiliaoras a otras capaces de sustituir la presencia, la inteligencia y la voluntad de las personas, introduce en nuestra época los problemas antropológicos, políticos y culturales que provocan los robots, las calculadoras y todos los aparatos con IA en sus distintas aplicaciones, entre ellas, las técnicas de recogida, clasificación y manejo de enormes cantidades de información (*big data*).

Estos temas están insertos en una parrilla de ideas-clave: *logos*, animalidad, dignidad, transferencia extracorporal de las facultades humanas y coexistencia del reducido tiempo dedicado al trabajo con el abundante tiempo de la vida, tanto en el caso de los individuos como en el de las comunidades. Para eludir los peligros de la vaguedad al abordar nociones semejantes, inmensas pero inevitables, recortaré solo algunos lados, con objeto de encajar la silueta en un juego de incrustaciones, que, mostrando sus contornos recíprocos, delimite en cada momento el área de la investigación.

Lo que cuenta en el desarrollo de cada uno de los capítulos es el recorrido completo, la concatenación de las argumentaciones y su entrelazamiento con los datos. Es lo mismo que sucede cuando escalamos una montaña: el panorama se ensancha y los detalles examinados en los niveles anteriores, sobre los que necesariamente nos hemos detenido, adquieren una nueva dimensión porque han quedado insertos en un contexto más amplio. En ese preciso instante, caemos en la cuenta de que el análisis de cerca, en alta definición o en grano fino, de las múltiples e intrincadas vicisitudes históricas y teóricas ha sido preliminarmente necesario y útil para obtener posteriores visiones de conjunto. Pero ese análisis ha de encontrar un umbral intraspasable, porque —como enseña Pascal en los *Pensamientos*— la progresión en el examen de los detalles, abandonada a sí misma, puede carecer de

límites: «Una ciudad y una campiña, de lejos, son una ciudad y una campiña; pero a medida que nos acercamos son casas, árboles, tejas, hojas, hierbas, hormigas, patas de hormigas, hasta el infinito». Por otra parte, hay que preguntarse si vamos hacia una nueva rebelión de las masas, que aspire a sustituir a las elites, o estamos al comienzo de una historia distinta (sobre lo cual cfr. A. Panebianco y S. Belardinelli, *All'alba di un nuovo mondo*, Bolonia, Il Mulino, 2019).

Una vez avisados de semejantes limitaciones, será posible formular preguntas que toquen la metafísica, la ética y la política. Podremos preguntarnos, por ejemplo, de qué forma, en la mayor parte de las civilizaciones, la guerra inventó el sometimiento del enemigo vencido y el carácter viril de quien, desafiando el miedo natural a la muerte, era capaz, en cuanto poseedor de razón y voluntad, de ejercer el mando sobre aquellos que se quedaban a medio camino en el proceso de humanización, puesto que, privados de la plenitud del *logos* y de una voluntad autónoma, eran incapaces de gobernarse a sí mismos.

A partir de aquí, en perspectiva, una pregunta posterior: ¿es posible imaginar en la actualidad un relajamiento del vínculo entre *logos* y *polemos*, tácitamente considerado indisoluble durante tanto tiempo, para sustituirlo por una razón acogedora, inclusiva, que no esté basada en el *vade retro!* del miedo, es decir, en la hostilidad hacia quien no pertenece a nuestro grupo?

Y, volviendo de nuevo a la medida de la larga duración, ¿cómo hemos llegado de una relación absolutamente desequilibrada en el terreno del poder, la del amo y el esclavo, a una relación ideal de igualdad entre todos los hombres, hasta el punto de tratarlos, en lenguaje kantiano, no solo como medios sino también como fines? Sin olvidar que, según el *Global Slavery Index* de 2018, continúa habiendo en el mundo 40,3 millones de esclavos debido a las deudas o a la explotación sexual (de estos últimos, 300.000 solo en el sureste asiático), ¿cómo hemos pasado del *homo hierarchicus* al *homo aequalis* y de este al *homo dignus*? Vale decir, ¿cuál ha sido el sentido del largo recorrido que nos ha llevado desde las sociedades de castas y de órdenes hasta el ciudadano de las democracias modernas, desde los seres privados de

libertad hasta el individuo moderno que, en ciertas partes del mundo, se sabe (o cree saberse) autónomo y dotado de derechos inalienables? En otros términos, ¿cómo hemos pasado de las personas con un precio de mercado a los individuos que en principio deberían ser titulares de una dignidad intrínseca e inviolable?

5. Aun teniendo en cuenta la distancia que nos separa, ¿cómo se ha producido la transición desde el esclavo que describe el Código de Hammurabi, que, además de estar marcado a fuego, debía llevar colgado del cuello su nombre y el de su amo, hasta el ciudadano de un Estado democrático contemporáneo? ¿Cómo ha podido producirse en la historia ese cambio absoluto que representa la democracia moderna, que, como ha sostenido Norberto Bobbio, «es subversiva en el sentido más radical de la palabra», dado que invierte el origen del poder, que antes siempre había ido «de arriba abajo»?

Jugarse valerosamente la vida fue durante muchas épocas de la historia la prueba de fuego tanto para separar a quien era digno de ser libre de quien merecía ser siervo como para establecer niveles y modelos de civilización. La guerra, sobre todo, sirvió de criba para seleccionar el destino de las personas, separando a quien era capaz de mandar y de obedecer de quien solo era capaz de lo último. Desde este punto de vista, la libertad era el premio de quienes preferían la muerte al sometimiento (de ahí el significado profundo del lema «¡Libertad o muerte!» que acompañó al *ethos* antiguo y que resurgió con fuerza a partir de la Revolución Francesa). En cambio, se vieron condenados a servir quienes, por ruindad o por debilidad de carácter, prefirieron la supervivencia a la libertad. Al contrario que aquellos que, gracias a su valor, supieron desarrollar políticamente su existencia y transformarla en vida autónoma (*bios*), estos se contentaron con la mera vida biológica, animal (*zoe*).

A pesar de los progresos, ¿conservarán su solidez la autonomía y la igualdad que han alcanzado los individuos en las democracias contemporáneas ahora que la creciente falta de confianza en el futuro empuja a muchos a la «descivilización» de nuestras sociedades y afecta

incluso al anterior equilibrio psíquico de las personas? ¿Cómo valorar los síntomas del empobrecimiento de la capacidad de elegir racionalmente, del embotamiento de la facultad de juzgar, que observamos en los ciudadanos de muchos países, como si se confirmara el amenazador diagnóstico de Freud, según el cual, nuestro intelecto —una «lucécita» sobre la que, sin embargo, se cierne el anatema «¡maldito el que la apague!»— es «débil y dependiente, al mismo tiempo, pelele e instrumento de nuestros impulsos y nuestras emociones?».

6. Al igual que los afluentes, estas preguntas desembocan en el álveo de dos interrogantes de mayor alcance. En primer lugar, una vez desaparecida, al menos en principio, la exclusión del ámbito de lo humano de ciertas personas y de ciertos pueblos, ¿cómo ha cambiado a nivel macroscópico el concepto de libertad? Aunque desde el derecho romano y al menos hasta Locke haya significado fundamentalmente el *esse sui iuris*, es decir, no depender de ninguna voluntad ajena, no pertenecer a un amo, con el fin de la esclavitud, la libertad se ha convertido para nosotros en una idea vaga, muchas veces reducida en el sentir de las gentes a la mera ausencia de imposiciones externas o a una situación tan obvia y tan normal como el aire que respiramos.

Se ha perdido la conciencia de que el concepto de libertad nació y se desarrolló, con todo su énfasis, precisamente en sociedades esclavistas y que, por añadidura, lo elaboraron antes que nadie pensadores como Aristóteles, que poseía esclavos, o el propio Locke, que no solo legisló sobre la institución de la esclavitud en la colonia americana de la Carolina, sino que la consideraba justa especialmente en el caso de los negros («hay entre unos hombres y otros una distancia mayor que entre algunos hombres y los animales»). ¿Se cierne hoy una amenaza sobre el concepto de libertad que precisamente Locke, el noble padre del liberalismo, formuló políticamente, y que después elaboraron la Ilustración y el pensamiento filosófico entre los siglos XIX y XX?

Intentemos reflexionar a través de una hipótesis doble. En primer lugar, si, como creo, tenía razón Spinoza cuando decía que no somos libres porque no conocemos las causas que nos impulsan a querer y